



PARTIDOS, ÉLITE Y DEMOCRACIA EN CHILE

*Ricardo Yocelvezky**

En este artículo se esboza un esquema de interpretación del proceso político chileno que, en las últimas décadas, condujo de la democracia a la dictadura y de regreso a la primera. El eje propuesto para este examen es el sistema de partidos políticos, como una de las características más sobresalientes del sistema político chileno y, dentro de él, la evolución del "gremio" de políticos profesionales, la élite, que constituye un elemento de continuidad y cambio, al mismo tiempo.

This article outlines an interpretative model of the Chilean political process which, in recent decades, has gone from democracy to dictatorship and back to democracy. The central idea in this study is the political party system, which constitutes one of the most outstanding features of the Chilean political system and, within that system, the evolution of the "guild" of professional politicians, the elite, which simultaneously constitutes and element of continuity and change.

Introducción

Proponer una nueva discusión de los avatares de la democracia en Chile requiere de una justificación debido a la abundancia de estudios que se han dedicado a este caso a partir de la década de los sesenta.

Este país tuvo el dudoso privilegio de constituirse en una suerte de laboratorio donde se pusieron a prueba experimental una serie de proyectos políticos y económicos, especialmente a partir de 1964, los cuales fueron propuestos o tomados en su tiempo como modelo para países en situación semejante, principalmente los latinoamericana-

* Departamento de Política y Cultura, UAM-Xoxhimilco.

nos, pero se discutieron también en otros ámbitos. En esa fecha comenzó el gobierno de la Democracia Cristiana, que con todo el apoyo de la llamada Alianza para el Progreso buscó constituirse en un ejemplo para el resto de América Latina, alternativo al que representaban Fidel Castro y la Revolución cubana. Este experimento terminó en frustración para los que lo apoyaron y particularmente para quienes lo patrocinaron, cuando en 1970 las elecciones presidenciales dieron el triunfo a Salvador Allende, candidato de una coalición de partidos de izquierda llamada Unidad Popular que incluía al Partido Comunista y, a pesar de muchas ambigüedades, pretendía constituirse en alternativa a la Revolución cubana sólo en los métodos, proclamando como su objetivo la construcción de una segunda vía al socialismo, la "vía chilena". Este experimento terminó no sólo en frustración sino en desastre cuando el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 instauró una dictadura sangrienta que por 16 años y medio gobernó al país, convirtiéndolo en un experimento económico que, una vez más, quiere presentarse como ejemplar para el resto de los países de la región. El fin de la dictadura dio lugar a un gobierno democrático elegido en 1989, que explícitamente se propone mantener el "modelo de desarrollo económico" instaurado por los militares.

Por supuesto que un relato de este tipo supone explicaciones, explícitas o implícitas. Los hechos mencionados eran en su tiempo lo suficientemente inusuales como para despertar curiosidad y dar lugar a una amplia difusión, primero, y a numerosos intentos de análisis, después. La cuestión de la democracia chilena surge inmediatamente porque el golpe de 1973 vino a interrumpir el funcionamiento regular de un sistema político, en el que la renovación de las personas en el poder se había dado a través de elecciones reconocidas como legítimas, con muy pocas excepciones, por todos los participantes durante cuatro décadas, récord poco frecuente en su momento no sólo para los estándares latinoamericanos.

Una manera de comenzar a precisar los propósitos de este estudio puede ser por negación. Es decir, comenzar aclarando lo que *no* se va a hacer en términos de análisis. Sin embargo, creo que es más claro y breve empezar diciendo en *contra* de qué tipos de análisis se plantea esta revisión de hechos, en algunos sentidos muy conocidos. Fundamentalmente, este análisis busca criticar a las visiones del sentido común dominante, especializado o no, "confomistas" o "neo-

conservadoras”, que asumen la “nueva” democracia chilena como la mejor fórmula para salir de la dictadura y, al mismo tiempo, el límite de lo posible para el pueblo chileno, “dadas las circunstancias”. Mi propósito no es plantear sólo una posición disidente, sino criticar la versión de la historia sobre la cual se construye ese sentido común, dominante hoy tanto entre la élite política como entre los intelectuales interesados en el tema. Es muy posible que el pensamiento dominante en la actualidad tenga la razón al plantear que no hay una alternativa mejor y al mismo tiempo viable a la situación de la democracia reconstruida en Chile. De hecho, las alternativas no abundan y las que se esbozan no parecen viables. Sin embargo, creo que la versión de la historia en que se funda el sentido común político actual presenta serios defectos, sin cuya crítica es imposible que surjan mejores opciones.

Este trabajo se ubica solamente en el campo del conocimiento y busca una explicación mejor que la que sustenta a la ideología dominante hoy. Después de todo, lo que ocurrió en Chile entre 1970 y 1973 no fue una equivocación de alguien que luego Pinochet tardó más de una década y media en enmendar. Lo que resulta de la envergadura de los conflictos políticos que tuvieron lugar en Chile no es lo que alguien haya planeado, o deseado o, siquiera soñado, para bien o para mal. Es el resultado impredecible de una confrontación de fuerzas donde los actores parecen estar ciegos en los momentos cruciales, la cual conduce a las buenas conciencias que posteriormente analizan los hechos, a pensar que había un curso alternativo “si sólo se hubiera sido razonable”. No es ése el sentido de mi intento. Más bien busco mostrar algunas estructuras actuantes durante estos procesos, no examinadas normalmente en los términos que propongo, y que pueden contribuir a cambiar la visión que hasta ahora se tiene de estos hechos.

Sistema de partidos, élite y modelo ideológico

De estas estructuras, una que resulta particularmente importante es el sistema de partidos políticos que constituyó una pieza clave del sistema político chileno durante toda su historia, pero que es notoriamente invisible para los actores involucrados en el juego del mismo

sistema, así como para los analistas cercanos a algunas de las posiciones principales en los momentos cruciales. Tomando como eje de mi análisis este sistema, mis hipótesis principales son:

- a) Lo que permitió la persistencia del gobierno de la Unidad Popular por casi tres años fueron las dificultades de las fuerzas opositoras para asumir en conjunto la decisión de destruir el sistema político, en particular el sistema de partidos, del cual algunas no sólo formaban parte sino que eran actores centrales.
- b) La prolongación de la dictadura se explica por las dificultades en encontrar nuevas bases de sustentación al sistema reconstruido de partidos, las cuales permitan la estabilidad del mismo al tiempo que preservan el modelo de desarrollo económico implantado por la dictadura.
- c) El proceso político vivido bajo la dictadura puede ser reconsiderado en términos de la creación de las condiciones que hacen posible esta reconstrucción del sistema de partidos.

La importancia del sistema de partidos reside en su papel articulador de la participación de los individuos, especialmente mediante el sistema electoral, pero también de distintos agrupamientos y actores sociales que aparecen, así, normalmente subordinados a los partidos, a la política y a los políticos. Un ejemplo particularmente claro de esto es el caso del movimiento sindical, las corporaciones patronales y los colegios de las profesiones donde era mayoritaria la clase media, una cuestión cuyo significado fue crucial en la determinación del curso de los acontecimientos. Este rasgo del sistema de partidos chileno, su penetración en la sociedad en los niveles individual y colectivo, es quizá de los menos considerados en las explicaciones de los hechos que nos ocupan.

La existencia de los partidos políticos chilenos llegó a constituir un rasgo cultural distintivo. Desde un punto de vista formal esto puede ser apreciado por algunas características del proceso político durante la vigencia del ordenamiento que se quebró en 1973 (a partir de 1932). Por una parte, este periodo fue testigo de un constante crecimiento del electorado, tanto a causa de las sucesivas ampliaciones del derecho al sufragio como de la participación electoral. Por

otra parte, con oscilaciones y rearticulaciones parciales, la composición del sistema muestra una gran estabilidad. Tomando en cuenta los cambios mencionados, los seis actores principales pueden ser seguidos en su trayectoria a lo largo de todo el periodo. Las oscilaciones de la segunda mitad de los años sesenta son ya el comienzo del proceso que conducirá al quiebre del sistema en 1973.

Estos actores principales son, de derecha a izquierda, conservadores y liberales en la derecha, radicales y demócrata-cristianos en el centro, y comunistas y socialistas en la izquierda. Estos nombres son muy reveladores de las pretensiones y la orientación ideológica “universalista” de los partidos y, consecuentemente, del tipo de cultura política dominante. Esto se observa tanto en la orientación clasista del voto en un sentido muy amplio —siendo las interpretaciones de resultados electorales más plausibles en estos términos— cuanto en la subordinación de las organizaciones sociales a los partidos. En la izquierda, la unidad del movimiento sindical dependió de las relaciones entre comunistas y socialistas, en tanto que en la derecha las organizaciones corporativas asumieron un papel muy activo frente a la crisis de las organizaciones políticas de esa tendencia.

Tanto en el nivel social (de organizaciones) como individual se desarrollan relaciones clientelares y de patronazgo, las cuales no bastan, sin embargo, para explicar la penetración de los partidos en todos los ámbitos de la sociedad. La importancia que éstos asumen está relacionada con la importancia del Estado en la vida económica y social del país, la cual no deriva sólo del modelo “desarrollista” vigente hasta 1973, sino del carácter estructural de “enclave” de la economía chilena.¹

Como contraparte a esta penetración de los partidos en la sociedad, ideologizada en función de afiliaciones y propuestas partidistas, se desarrolla una élite profesional de la política, a la cual se integran los representantes de todos los partidos, en mayor o menor grado, pero que muestra una coherencia y cohesión que hace dudar a los críticos externos al sistema de partidos de la sinceridad de la adhesión de estos políticos a las ideologías que definen y dan nombre a sus organiza-

¹ En los términos de Cardoso y Faletto.

ciones.² La deshonestidad o la mala fe de los políticos no me parece una explicación suficiente, aun cuando en muchos casos individuales se pueda probar su existencia. Lo que me parece más importante es la presencia de una estructura invisible a primera vista, la cual sustenta la percepción que como “gremio” tienen los profesionales de la política de sí mismos. Esta estructura conforma una segunda ideología, “común” a todos los partidos involucrados en la lucha política legítima, dentro de la que se enmarcan las ideologías alternativas que identifican a los distintos partidos frente a sus electores potenciales.

La estructura ideológica del sistema de partidos chileno asumió una gran complejidad debido a la existencia de niveles tanto explícitos como implícitos que contribuían a definir los límites del sistema y a cerrar, por lo tanto, el acceso de determinadas ideologías y de sus representantes a los primeros planos de la acción política y del mercado electoral. En contraste con el resto de los países latinoamericanos, y de utilidad para ilustrar lo que quiero decir, uno de los rasgos notables del sistema es la poca relevancia de la ideología nacionalista, la cual permanece como una constante, pero subordinada durante los periodos de funcionamiento normal del sistema de partidos, aunque asoma al primer plano en todas las coyunturas de crisis del mismo. Esta subordinación del nacionalismo, particularmente en la izquierda del espectro ideológico, explica y pone de relieve una característica notable del sistema: la inclinación de tipo “universalista” de las formulaciones de las ideologías, los programas y hasta las denominaciones y símbolos partidarios. Este rasgo del sistema contribuye a explicar la facilidad con que los chilenos se autoproponen o son tomados como modelo, positivo o negativo, por los países latinoamericanos.

Esta ideología de la élite no puede ser considerada como el producto de una conspiración de los representantes para imponerse a los representados ya que, cuando mucho, será sólo parcialmente consciente entre ellos; más aún, el reconocimiento de su existencia y las posibles contradicciones entre ella y la ideología explícita de alguno

² Éstos son temas recurrentes para los marxistas de la ultraizquierda y para los católicos y nacionalistas de la ultraderecha.

de los participantes en el juego partidario, será objeto de discusión intra o interpartidos, pero no será aceptada su existencia sin más. En todos los partidos, en distintos momentos, se da una confrontación entre “doctrinarios” y “pragmáticos”, la cual se resuelve normalmente en el terreno del conocimiento con la calificación de los individuos, perdiéndose así la oportunidad de estudiar la relación entre los dos niveles de ideología que en una situación de crisis (del sistema o de una parte de él, por ejemplo, un partido) se hacen visibles.

De este modo, siendo parte central de la comprensión del proceso, esta estructura ideológica debe permanecer en su carácter hipotético, en tanto sólo su capacidad para permitir una visión más amplia y distinta del proceso histórico en cuestión será su contrastación empírica.

Al caracterizar a esta estructura ideológica como un hecho histórico es necesario ubicarla como tal en tiempo y espacio. Para Chile, como para la mayoría de los países de América Latina, esa estructura ideológica puede ser reconstruida como un “proyecto nacional”. Sin embargo, estos proyectos adquirieron un rasgo común a partir de la segunda posguerra: incorporaron como su eje una noción de “desarrollo nacional” asociada a un modelo de crecimiento económico y de modernización social, política y cultural. En lo que respecta al crecimiento económico, este modelo ha sido caracterizado como “crecimiento hacia dentro”, centrado en el intento consciente de crear un sector industrial que sustituyera a las importaciones de productos manufacturados, en oposición a un modelo de crecimiento hacia afuera, en el que los países latinoamericanos se subordinaban pasivamente a una división internacional del trabajo, que los condenaba al papel de exportadores de productos primarios e importadores de productos industrializados.

Los proyectos mencionados fueron originalmente una respuesta espontánea de los países más grandes de América Latina a las consecuencias que tuvieron para su comercio exterior la crisis mundial de 1929 y, posteriormente, la Segunda Guerra Mundial; pero con el fin de ésta se constituyeron en la formulación ideológica de la reinserción de América Latina en el capitalismo mundial, en las nuevas condiciones creadas por el balance de fuerzas del fin de la guerra. A través de los diferentes órganos surgidos al final de la guerra (Naciones Unidas, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial), esta

ideología (más tarde llamada desarrollista) asumió un carácter técnico-científico, cuyo impacto permitió cubrir prácticamente la totalidad del horizonte ideológico de América Latina.

El hecho de que el principal elaborador y promotor de las teorías y de los programas asociados con esta visión del desarrollo de los países latinoamericanos fuera el secretario de la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas, le dio a sus ideas la posibilidad de alcanzar una amplia difusión e influencia en todos los países de la región, presentándose con la autoridad del conocimiento científico —para hacer prevalecer las ideas— y la capacidad técnica necesaria para asesorar a los gobiernos en su aplicación.

Con esta ideología, compartida por la élite profesional de la política se identificó a toda la generación de políticos chilenos que dominaron la escena desde la década de los treinta hasta la ruptura del sistema en 1973. La reconstrucción de la democracia chilena en los noventa está caracterizada por el cambio en ese marco ideológico más general, un nuevo modelo de desarrollo para el país, compartido por una nueva generación de la élite profesional de la política, que hizo su aparición en los años sesenta, pero sólo ha llegado a dominar el sistema de partidos en los ochenta, cuando finalmente asumió como modelo ideológico compartido el modelo de desarrollo económico implantado durante la dictadura militar y se dio a la tarea de reconstruir el sistema político en condiciones que garanticen la estabilidad de este último.

Crisis del sistema y dictadura

Tanto para vencedores como para vencidos en el enfrentamiento crucial de 1973 existe la tentación de explicar “intencionalmente” el proceso político por el cambio económico. Es como si la dictadura hubiera sido “necesaria” para producir el cambio en la política económica y, posteriormente, en la ideología dominante entre la élite política y sus partidos reconstruidos, o se hubiera instaurado con esta finalidad. El problema para estas explicaciones simplificadoras consiste en que, en cualquier momento, las posiciones ideológicas en los terrenos político y económico en el bloque vencedor no son consistentes. Tomando las expresiones ideológicas explícitas, se puede afirmar que,

en primer lugar, si se logró conformar un bloque social y político que hizo posible y apoyó el golpe de Estado de septiembre de 1973, éste no contaba en su arsenal ideológico con un programa económico que concitara el acuerdo de todo el bloque más allá de la oposición a la política del gobierno que estaban derrocando. En segundo lugar, la definición clara de un rumbo innovador en el campo de la economía se produjo recién en 1975 y marcó el comienzo de un reacomodo de fuerzas políticas que puede ser caracterizado como la descomposición política del bloque golpista y la refinación ideológica que condujo a una renovación de las fuerzas de la derecha que va a madurar casi diez años después, al aparecer dos nuevos partidos de derecha en la segunda mitad de los ochenta.

La relación entre cambio político y cambio económico no es sólo un problema de conocimiento que se solucione estableciendo las relaciones causales entre ambos. En la raíz del quiebre del sistema político chileno en 1973 está la creencia en la posibilidad de efectuar un cambio en la organización económica del país sin una ruptura política, a partir de la vigencia de un sistema político democrático. La discusión en abstracto de la posibilidad del tránsito pacífico al socialismo salpimentó el proceso político chileno y contribuyó a su prestigio internacional, para bien o para mal, estimulando incluso el turismo político hacia un destino geográficamente tan remoto.

La discusión de esta posibilidad, el tránsito pacífico al socialismo, muestra la complejidad ideológica del sistema. Por un lado, en la confrontación interpartidista, las clientelas o las militancias de los partidos confrontan modelos de sociedad contruidos ideológicamente en relación con principios universales (libertad e igualdad); en tanto que para la élite política y los sectores más ideologizados (los intelectuales), se trata de una alternativa de programa de desarrollo económico. Es la vigencia de la ideología del "desarrollo nacional" dentro de la élite que controlaba el sistema de partidos. Esto explica que, por ejemplo, las menciones al socialismo como meta sean muy escasas en el programa de gobierno de Allende. Los modelos abstractos de sociedad, con un polo liberal y otro socialista, adheridos a principios universales, dibujan el espectro derecha-izquierda, estabilizados por un eje central constituido alrededor de la ideología "desarrollista" que, para cumplir con los requisitos de universalidad ideológica, habla de una fantasmagórica "sociedad comunitaria" (en el caso de la

Democracia Cristiana) o de un “socialismo democrático” (en el caso del Partido Radical).

Dibujado así el sistema de partidos, se puede decir que entre 1957 y 1958 adquirió la forma tripartita sobre la que habría de oscilar hasta su ruptura en 1973. En las elecciones de 1958, el centro fue definitivamente ocupado por la DC, remplazando al PR, que había sido el eje de la alianza social desarrollista del periodo de la guerra y la primera parte de la posguerra. Los liderazgos personalistas estaban consolidados de tal manera que los tres caudillos principales, salvo el impedimento constitucional de reelección, fueron candidatos y ocuparon la Presidencia de la República por turno en 1958, 1964 y 1970. Esto hace oscilar el gobierno entre la derecha (1958), el centro (1964) y la izquierda (1970). Sin embargo, todo el periodo está marcado por una tendencia a la polarización y a la radicalización de las posiciones. Es importante distinguir las características de ambos procesos.

La polarización del sistema puede ser observada gracias al hecho de que los enfrentamientos sexenales por la Presidencia de la República fueron, los tres mencionados, entre la izquierda y la derecha, siendo el triunfo del centro en 1964 sólo un “mal menor” para una derecha que sintió como muy posible el triunfo de la izquierda. La diferencia entre los dos procesos se expresa en que la izquierda obtuvo un mejor resultado proporcional en 1958, cuando fue derrotada con un programa que puede ser calificado como moderado, que en 1970, cuando triunfó con un programa que proponía el inicio del tránsito al socialismo. La explicación de esta diferencia reside en que la radicalización ideológica es un proceso que afecta más a la élite política e intelectual, y en segundo lugar a la base partidaria militante, y no se expresa tan directamente en el electorado como en la movilización social. Los tres últimos gobiernos se enmarcaron en la matriz ideológica “desarrollista”, mientras que la polarización y la radicalización ideológica no encontraban canales de expresión promisorios dentro del sistema de partidos. Esto explica por qué en los años sesenta todos los partidos sufrieron cambios ideológicos que, finalmente, condujeron a que una nueva generación de políticos e intelectuales se desgajara de las organizaciones en las que se habían formado, buscando reacomodarse en otras ya existentes o creando organizaciones nuevas y ubicando éstas tanto dentro como fuera del sistema de partidos.

Para entender estos procesos es necesario considerar la existencia del sistema como un nivel de articulación superior, que redefine el sentido de las ideologías y de los actores sedicentemente inspirados por ellas. Si se toma a cada partido por separado, dado el carácter universalista ya mencionado de las ideologías de los partidos chilenos, la historia puede ser contada en función de las vinculaciones internacionales, o de los éxitos de esa ideología en algún periodo particular, pero el conjunto del proceso queda sin explicación coherente. Es necesario ver que la matriz "desarrollista", vigente en general en el llamado Tercer Mundo y con rasgos particulares en América Latina, combinada con estas ideologías universalistas de los partidos, definen un espacio ideológico que acota las expresiones legítimas y "representativas" del electorado y, por lo tanto, de la sociedad chilena.

Este acotamiento ideológico que demarcaba lo respetable y lo posible en política, nunca fue absoluto, pero tanto la izquierda como la derecha extraparlamentaria mostraron los efectos de la dominación del modelo en su composición generacional. Ideologías marginales inspiraban en ambos lados del espectro a pequeños grupos que eran remanentes de iniciativas políticas sin éxito de otras épocas, o disidencias locales que buscaban justificarse y conectarse a corrientes políticas internacionales. Sin embargo, cuando las generaciones universitarias de los sesenta encontraron obstaculizado su ascenso al liderazgo político por las generaciones anteriores (teniendo en la cúspide de la estructura de liderazgo a las generaciones universitarias de los años treinta), y buscaron formulaciones e identidades ideológicas nuevas y al margen de los partidos principales, se encontraron y, en muchos casos se combinaron con organizaciones, líderes e ideologías que han llevado una existencia marginal por más de dos décadas, durante las cuales la política nacional apareció dominada por las alianzas políticas del tipo del Frente Popular, expresión chilena de la alianza social desarrollista típica, que en otros países de América Latina constituyó la base del llamado populismo.

El grado de "purismo" con que se expresan estas ideologías marginales es variable en el tiempo, dependiendo de las relaciones que establecían o, incluso, su eventual integración con alguna de las corrientes principales que se expresaban dentro del sistema de partidos. En la década de los sesenta, el extrañamiento de los sectores ju-

veniles, especialmente los universitarios, generó una vida política paralela a los partidos principales, intensamente ideologizada, y que mantenía relaciones variadas y variables con las fuerzas principales. En términos globales, esto puede ser interpretado como un síntoma del agotamiento de la ideología desarrollista, que cristaliza en una suerte de revolución mundial en 1968, ocasión en la cual en Chile se expresan estas ideologías “nuevas” en los conflictos político-universitarios, los cuales, sin embargo, aparecen también influidos por los partidos políticos principales, dado su grado de penetración en la sociedad chilena. Sin embargo, hay que recordar también que en 1968 se produjo una inusual expresión pública de las posiciones políticas dentro del ejército; confusa como fue, o como la percibieron y quisieron interpretarla los partidos políticos, representaba también un síntoma de agotamiento del sistema político. A partir de ese período (1968) se acentúa el desplazamiento del conjunto del sistema hacia la izquierda (en forma de polarización y radicalización), que culmina con el triunfo de la izquierda en las elecciones presidenciales de 1970.

El desplazamiento del conjunto del sistema hacia la izquierda obedeció a una radicalización de la ideología desarrollista que conformaba la matriz delimitadora del sistema de partidos. La Revolución cubana, a partir de 1959, entró en conflicto con Estados Unidos. Evitar una repetición del caso cubano se transformó en la meta fundamental de la política norteamericana hacia América Latina, para lo cual, entre otras medidas, se formuló un plan de ayuda al desarrollo económico de la región llamado Alianza para el Progreso, que condicionaba la participación de los gobiernos latinoamericanos en la ayuda a la realización de reformas, calificadas de “estructurales”, y que figuraban desde hacía más de una década en las recomendaciones “técnicas” de la CEPAL. Esto condujo a que, por ejemplo, el gobierno de derecha de Jorge Alessandri (1958-1964) realizara la primera de las tres reformas agrarias que ha presenciado Chile en las últimas décadas. Es por ello que, incluso para el programa de gobierno de Allende existe una vertiente de interpretación como un extremo radical de las ideas desarrollistas,³ la cual no sólo no carece de

³ La asociación del programa de la Unidad Popular con las ideas de la CEPAL fue establecida por Clodomiro Almeyda en una entrevista en 1990. *La Jornada Semanal*, núm. 78, nueva época, México, 9 de diciembre de 1990.

sentido sino que explica la posibilidad que tuvo de aplicación durante tres años antes de producirse la ruptura del sistema político. La coexistencia de ese programa en vías de aplicación con el sistema de partidos políticos se justifica por la legitimidad que, relativamente, obtenía por no ser totalmente ajeno a la matriz ideológica del sistema, siendo sólo su expresión radicalizada al extremo.

El conflicto social, agudizado entre 1970 y 1973, se expresó en tres conflictos políticos paralelos: primero, entre el gobierno y los partidos de oposición dentro del sistema; segundo, el de la izquierda entre los partidos en el gobierno y las organizaciones y tendencias que, dentro de ellos y fuera del sistema, pugnaban por la resolución del conflicto social mediante la ruptura del sistema político; y tercero, un conflicto casi simétrico en la oposición entre los partidos y tendencias dentro de ellos y organizaciones extraparlamentarias que pugnaban por oponerse al gobierno dentro del sistema o derrocarlo por medio de una acción inconstitucional. Es un hecho que durante el conflicto no surgieron ni actores ni ideologías nuevas. El desarrollo de los tres conflictos paralelos maduró en cambios en la correlación de fuerzas, las cuales hicieron que, en la oposición, las estrategias de los partidarios de la ruptura se subordinaran a aquellas que buscaban la preservación del sistema político; mientras tanto, en el gobierno, a pesar del crecimiento de la tendencia de ruptura, los partidos y su estrategia de preservación del sistema mantuvieron su hegemonía sobre ella y sobre el movimiento social. En estas condiciones, la participación de las fuerzas armadas resolvió el conflicto a través de un golpe de Estado, apoyado por un bloque social y político heterogéneo al que le restaba por resolver la estrategia de gobierno que aplicaría.

No cabe duda que el consenso constitutivo del bloque de apoyo al golpe de Estado de septiembre de 1973 era sólo negativo. Una vez consumado éste, la fuerza empleada convirtió en árbitro de la situación a las fuerzas armadas, entre las cuales, según se reveló posteriormente, tampoco había un consenso estratégico positivo. La primera definición clara fue también negativa, ya que el golpe no tenía un carácter restaurador. Se postergaba entonces la definición de un nuevo orden político en función de la urgencia de restaurar la economía. Sin embargo, en un año y medio quedó claro que tampoco bastaba con un programa de reconstrucción de la economía, sino que se

emprendía una redefinición, con criterio “científico”, del desarrollo económico del país, libre de presiones políticas, ya que el orden era una tarea de las fuerzas armadas. Esta primera definición de la profundidad del cambio económico que era necesario emprender, y que no se limitaba a reparar los daños del intento de tránsito al socialismo, sino que tocaba al modelo mismo de desarrollo económico de las últimas décadas, decantó aún más el apoyo a la dictadura, pero no hizo todavía evidente que se actuaba en contra de las condiciones mismas de existencia del sistema de partidos políticos, en tanto la ideología que orientaba el modelo de desarrollo que se buscaba remplazar constituía el marco del sistema de partidos. La oposición a la dictadura, constituida por los partidos desplazados del poder por la acción militar, centró su propuesta en una alianza restauradora del sistema político, la cual nunca fructificó.

La segunda mitad de la década de los setenta se caracterizó porque las iniciativas políticas las hacía la dictadura sin contrapeso. La victoria militar de 1973 se profundizó como victoria política para culminar, en 1980, con la promulgación de una nueva Constitución y su aprobación en un plebiscito. En ese momento parecía posible que la dictadura alcanzara su perpetuación en un sistema sin partidos políticos y, dada la explícita aversión del dictador a los políticos como profesión, se le imputaba un proyecto “despolitizador”. Los partidos de oposición se sumieron en su mayor crisis y hasta los intelectuales de la izquierda comenzaron a hablar del remplazo de los partidos por “nuevos movimientos sociales”.

Crisis económica y reconstrucción del sistema político

A comienzos de los ochenta, sin oposición política significativa, y por lo tanto sin preocupación por los costos sociales, el enfoque tecnocrático con que se abordó la transformación económica parecía exitoso. La nueva Constitución legitimaba la permanencia de la dictadura hasta fines de la década e incluso, sujeta a una consulta electoral, le dejaba la posibilidad de prolongarse hasta mediados de los noventa. Sin embargo, el modelo económico enfrentó en 1982 su peor crisis, calificada de colapso sistémico, y las consecuencias desataron una movilización social que en muy poco tiempo reactivó a los actores po-

líticos, estuvieran en el estado que estuvieran. Este proceso es el que desemboca en la reconstrucción del sistema político y, particularmente, del sistema de partidos a través del cual se efectúa el tránsito político con que termina la dictadura en 1990.

El proceso político inaugurado por las protestas sociales de 1983 requiere de un análisis cuidadoso, porque es muy difícil establecer con claridad los elementos de continuidad y de cambio en sus resultados: la nueva democracia, el nuevo sistema de partidos, el nuevo sistema electoral y la nueva (?) élite política.

Lo primero que hay que establecer es el cambio en la matriz ideológica del nuevo sistema de partidos. No sólo ésta está constituida por el nuevo modelo de desarrollo económico sino que las cuestiones políticas se organizan de manera diferente a su alrededor. La nueva matriz ideológica es de raíz liberal, y si se pudo remplazar el modelo de desarrollo económico mientras que la dictadura mantenía suspendidos los procesos políticos, es porque en esa matriz hay una separación de naturaleza entre los dos ámbitos de pensamiento y acción. El golpe de Estado y la dictadura inaugurada por él brindaron la ocasión de poner en práctica su doctrina a un grupo de economistas ideologizados en su campo intelectual,⁴ que no tenían mayor eco en la derecha política debido a que en ella dominaba la matriz desarrollista, derivado periférico del estructuralismo keynesiano dominante en el pensamiento económico desde la segunda posguerra. Estas ideas tuvieron que conquistar primero a la derecha, constituyendo una renovación general en una parte de ella al incorporar a uno de los grupos extraparlamentarios de la década de los sesenta en un nuevo partido, el más fiel apoyo de la dictadura y de Pinochet, la Unión Demócrata Independiente (UDI). En menor medida estas ideas contribuyeron a modernizar a los remanentes de la derecha incorporada al sistema de partidos anterior, al reunir en el Partido Renovación Nacional al resto de los partidos Liberal, Conservador y más tarde Nacional. Es de notar que una vez más, al reconstruirse el sistema de partidos, las definiciones ideológicas muestran una tendencia universalista, que subordina al pensamiento nacionalista o, una vez más, margina a las tendencias más radicales de ese tronco ideológico.

⁴ Arturo Fontaine Aldunate, *La historia no contada de los economistas y el presidente Pinochet*, p. 34.

Entre las transformaciones más decisivas están las de la Democracia Cristiana, la cual llegó a representar casi en puridad la ideología desarrollista, y que había apoyado el golpe de Estado; tuvo una primera señal de que el proyecto dictatorial no sólo no era el suyo, sino de que marchaba en una dirección opuesta al comenzar a aplicarse en 1975 la política económica de inspiración monetarista. Conservando su importancia como partido político, la prohibición de sus actividades en 1977 fue la definición más clara de que el objetivo de la dictadura era destruir el sistema de partidos y no sólo neutralizar a la izquierda. Su líder histórico (Frei Montalva) encabezó la oposición a la nueva Constitución y fue derrotado en el plebiscito de 1980.

Al reactivarse los partidos en 1983, la DC ocupó su lugar casi natural como eje del sistema de partidos y de las múltiples alianzas que marcaron los intentos embrionarios de reconstrucción de éste. Como eje central de los intentos de reconstrucción del sistema de partidos, sus alianzas fueron decisivas para fortalecer a la nueva "derecha democrática", representada fundamentalmente por Renovación Nacional y, en el otro flanco, la alianza con la Democracia Cristiana permitió a los socialistas renovados aislar a los comunistas y, en un proceso complicado, desmovilizar la protesta social.

Internamente tuvo que ser redefinida su posición para transformarse en el eje de un nuevo sistema de partidos, con una nueva matriz ideológica, a la cual se unieron con una celeridad sorprendente los economistas demócrata-cristianos⁵ y líderes de una coalición de partidos en la cual una parte de la izquierda entró subordinada, a partir de la aceptación de las vías definidas por la propia Constitución de Pinochet para la transformación de la dictadura en una democracia electoral.

La evolución de la izquierda bajo la dictadura es quizás el proceso más complejo, puesto que los cambios experimentados han sido los mayores entre todos los actores del sistema político. Datos básicos de este proceso indican que la izquierda fue definida por la dictadura como el enemigo militar, político e ideológico, en ese orden. Esto significó que la izquierda sufriera en mayor proporción la represión y que

⁵ Véanse las opiniones de Alejandro Foxley entrevistado por Raquel Correa, *El Mercurio*, Santiago, 9 de julio de 1989, p. D4.

una parte de su vida política e ideológica transcurriera en un exilio que llegó a parecer una diáspora.⁶ Las conexiones ideológicas y orgánicas con que contaban los diferentes partidos de la izquierda, tanto los del gobierno como los grupos extraparlamentarios, hicieron posible el surgimiento de una amplia red de solidaridades que tendría un efecto importante en la evolución posterior de las organizaciones, de los cuadros y de sus ideologías.

La experiencia chilena de 1970 a 1973 había llamado suficientemente la atención de los variados sectores de la izquierda internacional como para que la izquierda chilena exiliada se integrara a una serie de debates teórico-ideológicos en que su historia era incorporada como ejemplo o como caso de estudio. Por otra parte, los miembros más jóvenes de la élite se formaron en universidades de Europa y Estados Unidos, e incorporaron a los debates de la izquierda chilena temas actuales de las disputas ideológicas internacionales. Es así como, ausente el movimiento social, los jóvenes intelectuales fueron absorbiendo la ideología de moda en las ciencias sociales, incluyendo la apología de los “nuevos movimientos sociales” como remplazantes de los actores históricos tradicionales, las clases y los partidos.

El derrumbe del “socialismo real” afectó diferencialmente a los comunistas y a los socialistas. Estos últimos, teniendo mayor integración en la élite política intelectual, se “renovaron” ideológicamente al incorporar a los grupos de políticos jóvenes de la década de los sesenta provenientes de más de una corriente originada en la Democracia Cristiana y hasta algunos de la izquierda extraparlamentaria.⁷

Esta evolución se explica, en el mundo ideológico de la izquierda, por el proceso internacional, empezando por la vinculación entre la “vía chilena” y el eurocomunismo en la década de los setenta. Más tarde por el derrumbe de la Unión Soviética y su zona de influencia.

⁶ Un ejemplo, que ya he usado en otras ocasiones, es que la designación de Clodomiro Almeyda como secretario general del Partido Socialista, en 1979, fue aceptada por los grupos organizados de socialistas chilenos residentes en Alemania Democrática, Alemania Federal, Australia, Austria, Bélgica, Bulgaria, Costa Rica, Cuba, Checoslovaquia, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Hungría, Inglaterra, Luxemburgo, Noruega, Rumania, Suecia, Suiza, Venezuela y Yugoslavia.

⁷ Su primera manifestación programática fue un documento titulado “Nuestra propuesta: unidad y solidaridad frente a la crisis nacional”, Secretariado por la Convergencia Socialista (PS, 24 Congreso, MAPU, MAPU-OC, IC), Santiago, 1 de mayo de 1982.

Sin embargo, la matriz ideológica del sistema reconstruido en los ochenta está montada sobre la derrota ideológica del estructuralismo en el terreno de la teoría económica, y del desarrollismo en lo que se refiere a América Latina. Esta confrontación ideológica tuvo lugar en el terreno académico intelectual y no en el de los partidos políticos en Chile. Para incorporarse a esta matriz han resultado muy funcionales los tecnócratas formados en el extranjero, lo cual añade un detalle a la dominación de la élite de los partidos de izquierda por personal de clase media con educación universitaria, ahora además frecuentemente, con posgrados en el extranjero. En esto último, Chile no se diferencia del resto de América Latina. Lo que es de notar aquí es que, a pesar de todo, esta nueva generación de la élite se integró a partidos políticos preexistentes, se apropió de la simbología, algo de los militantes, continúa planteando su ideología en términos universalistas, pero intenta relacionarse de una manera nueva con las clientelas electorales. Una manera moderna, que no busca vincular los procesos electorales con conflictos sociales, sino desarrollarlos en un mercado electoral en el que sólo se define quién ocupará los cargos del gobierno.

Este nuevo sistema de partidos, reconstruido al cabo de más de 16 años de dictadura, contiene elementos de continuidad y cambio que es necesario analizar.⁸ Probablemente un análisis de los partidos en la manera tradicional de estudiarlos, cada uno en sí mismo, como un caso aislado, daría elementos de continuidad y cambio diferentes a los que ofrece el examen conjunto de ellos, como sistema de partidos que estructuran con su personal, su acción y las normas a que se someten el sistema político en su conjunto.

recibido en agosto de 1997
aceptado en septiembre de 1997

⁸ Dos análisis recientes, diferentes entre ellos y del planteamiento hecho aquí, son los de Genaro Arriagada, *¿Hacia un "big bang" del sistema de partidos?*, y de Tomás Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito*, especialmente pp. 71-76.

BIBLIOGRAFÍA

- ARRIAGADA, GENARO, *¿Hacia un "big bang" del sistema de partidos?*, Santiago, Los Andes, 1997.
- CAVAROZZI, MARCELO y MANUEL A. GARRETÓN (coords.), *Muerte y resurrección. Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones del Cono Sur*, Santiago, FLACSO, 1989.
- FLISFISCH, ÁNGEL, *La política como compromiso democrático*, Santiago, FLACSO, 1987.
- FONTAINE ALDUNATE, ARTURO, *La historia no contada de los economistas y el presidente Pinochet*, Santiago, Zig-Zag, 1988, 2ª ed.
- GARRETÓN, MANUEL A., "La redemocratización política en Chile: transición inauguración y evolución", en *Estudios Públicos*, núm. 42, Santiago, 1991.
- _____, *Reconstruir la política. Transición y consolidación democrática en Chile*, Santiago, Andante, 1987.
- LECHNER, NORBERT, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid, CIS/Siglo XXI, 1986.
- _____, (comp.), *Cultura política y democratización*, Santiago, CLACSO/FLACSO/ICI, 1987.
- MOULIAN, TOMÁS, *Chile actual: anatomía de un mito*, Santiago, ARCIS/LOM, 1997.
- _____, *La forja de ilusiones. El sistema de partidos 1932-1973*, Santiago, ARCIS/FLACSO, 1993.
- OSORIO, VÍCTOR e IVÁN CABEZAS, *Los hijos de Pinochet*, Santiago, 1995.
- OTANO, RAFAEL, *Crónica de la transición*, Santiago, Planeta, 1995.
- YOCELEVZKY, RICARDO A., "El desarrollo de los partidos políticos chilenos hasta 1970", en *Argumentos*, núm. 7, México, 1989.
- _____, "Sistemas de partidos como unidad de análisis", en *Sociológica*, núm. 30, México, 1996.

